



## EL PADRENUESTRO (VIII)

### “No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén”

La palabra tentación como la palabra pecado son objeto en nuestra sociedad de burla y desprecio. Frases hechas, canciones etc. que nos invitan a ser pecadores de una manera simpática; anuncios que nos invitan a caer en la tentación para mayor deleite de los sentidos; todo aderezado por imágenes estivales y músicas ligeras.

En cambio el Señor Jesús, nos previene sobre la tentación, no se lo toma a broma; ¿Qué es para Jesús la tentación? Todo lo que nos aleja de Dios; recordemos que Él mismo fue tentado (p.ej. Lc 4, 1-13): Ahí están nuestras tentaciones. Las tentaciones a Jesús por parte del Diablo son las tentaciones de la humanidad. Y todas se resumen en una, es decir, alejarse de Dios.

El diablo quiere perder a Jesús en su manera de hacer. Sabe que es imposible que Jesús renuncie a ser lo que es: el Mesías; pero sí tiene la esperanza de hacerlo tropezar en los medios. Le pide que sea un Mesías poderoso, un Mesías espectacular, un Mesías aclamado. Y Jesús le responderá sucesivamente que “No sólo de pan vive el hombre”, que “No tentarás al Señor tu Dios!”, y que “Sólo a Dios adorarás”.

Jesús define la vida cristiana como una vida de prueba y riesgo. No es una vida cómoda. Estamos demasiado expuestos al mal que hay no sólo en el mundo sino en nuestro corazón. En esta petición le pedimos a Dios que Él mismo sea nuestra defensa. En ella reconocemos nuestra pobreza delante del mal, de ese mal de la humanidad que da frutos amargos a lo largo de nuestro planeta.

Y la tentación nos lleva al mal; un mal en minúscula que es la separación de Dios a través del mal hecho a los hermanos. Un mal que nos puede incluso gustar y que es fuente de satisfacción cuando lo producimos. Un mal que es ejercido activamente y deliberadamente por nosotros. Un mal que se transforma en diferentes pecados pero que en resumen es hacernos dioses a nosotros mismos y abandonar el camino del amor.

Tenemos en San Pablo un hombre entregado a Dios de manera radical, y sin embargo él sabe que debe implorar a Dios que lo libre del mal, del pecado, de la espina que se le clava, de una tendencia a hacer aquello que está mal aún sabiendo el bien que debe hacer. Una tensión que de una manera u otra dura a lo largo de toda nuestra vida.

Un mal, que en el Evangelio es persona: el Maligno. O eres hijo de Dios y vas conformando tu vida al Evangelio para ser imagen de Cristo, o te alejas de Él para entrar a formar parte del mal y hacerte a imagen y semejanza del maligno.

San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales propone la meditación de “Las dos banderas” En lenguaje ignaciano significa: si he de ser soldado, ¿en qué ejército quiero luchar, bajo que bandera serviré? No hay duda, bajo la de Jesucristo el Señor que nos ha revelado a Dios Nuestro Padre. Tengamos clara nuestra elección, ya que como respondemos en misa: “son tuyos por siempre, el Reino, el Poder y la Gloria Señor”



**PARA REZAR Y REFLEXIONAR**

- 1. Escuchemos a San Pablo sobre la lucha espiritual del cristiano. Leamos el capítulo 6 de la Carta a los Efesios, del versículo 10 al 20 (Ef 6, 10-20) y preguntémonos sobre que armas nos faltan para resistir al mal.**
- 2. Y para acabar este curso de formación leamos las bellas palabras de San Juan en su primera carta, capítulo 4 del versículo 7 al 21 (1Jn 4, 7-21) en donde se nos explica que Dios es Amor.**

Mn. Xavier Blanco